



TEATRO DE VIDA

(DESPEDIDA DE ALUMNOS 2011)

Fue el incomparable Calderón de la Barca quien nos abrió los ojos y nos permitió reconocer que el mundo es un monumental escenario donde asistimos a la más vívida representación, en la cual cada criatura hace el papel que le ha tocado vivir: de rey, de mendigo, de jardinero, de profesor, de estudiante...

El teatro como arte y el teatro como vida son una forma de comunicación, es decir, una forma de entrega a los demás, a quienes se brinda la palabra cálida y se entrega el gesto dolorido o gozoso como moneda justa de la convivencia. La gran comedia humana arranca en la cuna y se prolonga durante toda la jornada, en la que descubrimos con alivio el rosicler de la alborada, disfrutamos los placeres de la luz y del sol, los de la mesa, los del amor... hasta que presentimos que la dulzura del atardecer acaba en túnel de incertidumbre...

El teatro se divide en actos y escenas, los azares de la existencia en caminos que se entrecruzan y nos transportan. Caminos que nos atrapan.

Tras el lejano lago de la infancia, remansado y terso como el que este poblachón castellano de la llanura preserva para patos silvestres y paseantes soñadores que olvidan la ruta emprendida y se mecen en seco con ojos embelesados de secreta añoranza; tras la misteriosa infancia, digo, entrasteis en la aventura de la adolescencia, como cruzasteis un día los umbrales del Instituto alborozados y ruidosos, algo atolondrados y deseosos de conocimientos sólidos y amplios. En el planteamiento de vuestra puesta en escena, buscabais el éxito en una asignatura a la que la moda simplificadora castigó con el nombre de ESO, palabra, por otra parte, cosificante y sin contornos de personalidad propia. En vuestra ascensión descubristeis nuevos horizontes, hicisteis amistades, tonteasteis hasta enamoraros antes de tiempo. Y también descubristeis con dolor, acaso con decepción, los escollos de la dificultad. Experimentasteis en propia piel el desengaño de las limitaciones, el surco del esfuerzo, el abandono de la soledad en vuestro estudio, o en la sala de exámenes. Pero también, de una u otra forma, encontrasteis la solidaridad, la comprensión y el apoyo en el respaldo de vuestros padres, en la palmada de los amigos y en la voz familiar del profesor, el que siempre está ahí, visible o invisible, en la senda del alumno. Y es que, en el gran teatro de la vida, hay niños que balbucean o dicen sus versitos y se retiran arrojados en aplausos de terciopelo; pero la mayoría, el común de los mortales, sufre los rigores del despertador, la disciplina seca de un horario inflexible y el éxito o fracaso de su empresa. Niños que saltan de euforia y felicidad, frente a niños que caen y se levantan.

En un extremo imperceptible del escenario se alza la espalda gibosa de la concha, donde los ojos que todo lo ven y la voz inaudible que se anticipa al titubeo del actor susurra palabras certeras de verdad y firmeza, aunque debajo de las tablas tiemblen sus piernas, porque es humano el apuntador y percibe como nadie las vacilaciones de la memoria y el pulso del derrumbe. Tampoco es fácil de aprender e interpretar el papel de guía, alimentado de constancia y

reforzado de paciencia. Él acompaña al campeón hasta la cima, presente la ansiedad y la comparte, se anticipa a la acción y en el descanso vela.

Un día, con el título de Secundaria aún caliente y a punto de ser enmarcado, os sentisteis mayores y pensasteis: quiero ser ingeniero, médico, maestro, hombre del tiempo, administrativo... y tomasteis en vuestras manos unos libros más gruesos e intrincados. Porque, para ser bachiller, hay que despejar muchas incógnitas, resolver ecuaciones e integrales, averiguar trayectorias de piedras o proyectiles que alguien siempre lanza, traducir a Virgilio, filosofar por encima de las nubes, hablar en extranjero, jugar con los sintagmas mejor que al ajedrez, conocer los secretos aleccionadores de la Historia... Y en este juego, después del titánico afán, tras la agonía de exámenes y recuperaciones sin tasa, dos años de bachillerato parecieron más largos y enojosos que los cuatro de ESO. Quienes elegisteis un camino distinto conocéis bien las exigencias intelectuales del aula, pero también las fatigas y penalidades de la habilidad manual y del difícil mundo del trabajo en la empresa; y habéis comprobado –alguno quizás con amargura- que una cosa es predicar y otra dar trigo. Densos años de esfuerzo contra el reloj, contra los arduos y extensos temarios, contra la dificultad acrecentada, contra ciertos hábitos de relajación, contra la áspera y tozuda realidad...

¡Tiempos de horma y tropiezo, pero también felices e inolvidables tiempos! Al mirar hacia atrás os vendrán a la mente jubilosos días de excursión, imborrables visitas al Teatro Calderón, al María Guerrero, al Valle Inclán, a la vecina Casa de las Artes, al Botánico, al Prado, etc., en compañía de vuestros condiscípulos, con los que convivisteis día y noche. San Valentín os recibió cada año en florido vergel y, con las pupilas desorbitadas y chispeantes, fuisteis por un día manojo de claveles. En viajes de ensueño –para quedarse y no volver, sin duda- os sumergisteis en París, en Praga, en Roma, y descubristeis la riqueza de una cultura sin fronteras, y la amplitud inabarcable del ancho mundo, lo poco que sabemos y la tarea que tenemos por delante.

Superado el clímax de la actuación, valorad sobre todo la lucha personal, el tesón, las cruentas batallas en que os vencisteis a vosotros mismos, porque

os han hecho fuertes y capaces de afrontar nuevas empresas, la que empieza mañana.

En vuestro ciclo colegial habéis vivido momentos apasionantes, y todos hemos entrado en una era de vértigo y transformación. La metamorfosis a escena. Porque habéis protagonizado batallas de tizas y convertisteis la pizarra en mural de *sudokus* y pantalla de corazones cruzados por una flecha de cal (algunos quizás han sucumbido a la moderna fiebre de asegurar su corazón con un candado a la malla oxidada de un viejo puente –desconfiad, amigas, de los amores de llave y candado-); pero quien os ha conquistado de veras es la tecnología, que tiene tantas cabezas como la hidra, es decir, se deja seducir y acariciar en móviles, ordenadores, *facebook*, *tuenti*, *twitter*, etc. (¿Sirenas del siglo XXI? ¡Alerta, Ulises!). Y en estos locos amores habéis roto la sintaxis y la ortografía (¡pobre Academia!) con palabras sin vocales, frases sin verbos, preguntas sin interrogantes, mensajes sin discurso, urgencia sin reposo. En nuestra retina de lectores ondean aquellos incisivos chopos de Antonio Machado en la ribera del Duero, cargados de sentimiento perdurable como el mármol, sensibles como la brisa, los que

tienen en sus cortezas

grabadas iniciales que son nombres

de enamorados, cifras que son fechas. (C. de C.).

Y aunque más cercanos, más lejos duermen los tiempos en que el corazón amado viajaba a lomos de cartero, en sobre de papel, inconsistente, con palabras de tinta que rezumaban calor, desvelaban el latido nervioso de la mano amiga en trazos curvos y puntiagudos, relataban en prolijas páginas el suplicio de la espera, o levantaban castillos sobre las nubes y ensueños de futuro. Papel acariciado y con fragancia de ella o de él. Cartas aquellas para esperar, detenerse y pensar, acariciarlas y dejarlas con dos dedos y un beso en el buzón, cartas para los cinco sentidos que algún secreto cajón o gaveta acogería en silencio, tras la lectura devota y entregada, para repasar y recrearse toda la vida. Otros tiempos, porque ahora repicamos dos dedos sobre el ordenador, el móvil, la pizarra digital (¡dicen que existe!), o deslizamos el índice sobre una pantalla sin duda mágica que nos sumerge en un mundo

inabarcable y virtual, inquietante; pantalla eléctrica y olvidadiza que se apaga y no existe.

Hoy, en fin, con la mochila en la mano, sentiréis que el esfuerzo ha recibido su recompensa. Pletóricos de euforia, colmados de satisfacción, respiráis hondo y celebráis haber llegado hasta aquí, aunque sabéis que el camino os pondrá, de nuevo, ante la aventura. Los profesores, fatigados y felices por vuestro éxito, os dejan a las puertas de la ciudad y recomponen la cartera, porque también para ellos mañana será otro día.

Y el mismo timbre, insobornable, que os sometió al yugo de la disciplina con odiosa puntualidad y que sonaba a campanas de libertad cincuenta minutos más tarde, hoy tiene acordes de música festiva. Y como llega la hora de bajarse de las tablas, es de buena crianza agradecer a la compañía el espaldarazo y el calor antes que nada, y después desear a todos feliz singladura que, si unos hacen mutis, otros buscan nueva plaza y los más continuarán la función hasta la caída de la tela.

Tras el inevitable desenlace, la escena quedará vacía. Otros pies dejarán sus huellas sobre esta misma madera, y sus voces llenarán la sala con renovados timbres que apagarán los ecos de las nuestras, las que gritaron victoria en su momento, las que lucharon contra la adversidad y el desánimo en las mañanas somnolientas y arduas, las que vencieron la soledad en las largas tardes y noches de invierno, con la sombra alargada de los exámenes mordiendo la impotencia. Entre estas paredes vibrará la imagen de lo que fuisteis, la camisa de serpiente que se quedó pequeña y os abrió a una nueva sensibilidad. Y los que ahora salís por la misma puerta que os abrió su corazón un día, no sois los mismos, el Instituto os ha cambiado. En el futuro haréis fortuna o lucharéis inciertos por abriros paso en un rompepiernas inhumano, pero no olvidaréis el sello de humanidad, respeto, solidaridad, amor al trabajo y a la verdad que aquí recibisteis. La puerta quedará abierta, y sobre estas tablas descubriréis jirones de vuestra piel con el ADN de lo que fuisteis y, para bien o para mal, de lo que siempre seréis.

Tras la caída mansa y aterciopelada del telón, salid, amigos, y continuad la fiesta, porque aún sostenéis entre los dedos la juventud esquiva y vuestros pies se hicieron para el baile. Decid con el poeta Claudio Rodríguez:

*Hemos venido así a esta plaza siempre,
con la esperanza del que ofrece su obra,
su juventud al aire. (Conjuros)*

Y cuando la intérprete de este torpe papel de cronista diga la palabra final, esperará el desvanecimiento de las luces, bajará los peldaños y se perderá en la penumbra de la calle de apagados rumores, hasta encontrar el remanso de la soledad sonora donde esperan con ansiedad una bocanada de aire, como criatura que entra con estrépito y llanto en la escena del mundo, los papeles de una nueva y apasionante obra, porque el teatro es la vida.

He dicho.

Laguna de Duero, 2 de junio de 2011.

Coro Arnedo Lecuona